

Caminando hacia la memoria indígena de Juárez-El Paso

David Arturo Muñiz García

Universidad Autónoma de Ciudad Juárez

ORCID: 0000-0001-5219-3738

LA URBE QUE FORMAN JUÁREZ-EL PASO ha sido tradicionalmente conceptualizada como una ciudad reciente poblada por migrantes; sin que esto sea falso, hay mucho más en la historia de la ciudad. Los antiguos pobladores indígenas son una parte integral en la conformación de la ciudad, pero parecen haber sido olvidados por la historia. Recuperar el aporte que estas comunidades tuvieron en la conformación de la ciudad significa ejercer el derecho que los actuales ciudadanos tenemos a la memoria histórica de nuestra ciudad.

El derecho a la memoria típicamente se ha contemplado para reivindicar eventos recientes, pero es posible ir un poco más allá en el tiempo y recuperar la memoria de pobladores tan antiguos como los indígenas que vivieron antes de la llegada de los españoles y durante el tiempo que existió la Nueva España. Tener acceso a la historia del lugar en donde vivimos posibilita la creación y apropiación de distintas identidades urbanas; en el caso de Juárez-El Paso se puede trascender de la idea convencional acerca de que es una ciudad solo de paso, violenta, sin pasado antiguo, cuya historia está ligada a la reciente colocación de empresas maquiladoras, por lo tanto, a la explotación y la desigualdad. En contraste se propone una ciudad que fue, es y seguirá siendo un lugar en donde hay un encuentro de voluntades, un nodo de interacción humana que se sobrepone a las adversidades que le rodean, con una rica historia indígena, un lugar de quienes “siempre han estado” y “los que han llegado para quedarse”.

Los que siempre han estado no son otros que los indígenas, con distintos rostros y nombres; a pesar de ser tan relevantes, sabemos casi nada de ellos. La razón es compleja, pero se puede resumir en escasos trabajos arqueológicos, una negación de su presencia e importancia en las fuentes posteriores a la llegada de los españoles, a partir de lo cual se ha repetido la idea inexacta de que en esta región



casi no había indígenas o que desaparecieron en algún punto del periodo colonial. El camino hacia la recuperación de la memoria indígena transita en investigar con mucho mayor amplitud a los indígenas que siempre han estado aquí: mansos, sumas, ndeé, y de los que llegaron para quedarse: piros, tiguas, tihuas, genizaros, entre otros.

Recuperar la memoria de los antiguos pobladores de Juárez-El Paso es ver a la ciudad como un lugar en el que las personas se adaptaron haciendo un uso eficiente de los recursos naturales, con lo que se generó una convivencia diferente al resto de ciudades. La adaptación y convivencia entre indígenas y novohispanos ha dejado huellas materiales que todavía hoy podemos leer en medio de la mancha urbana. El Chamizal es uno de ellos, este paisaje es el entorno que vieron los primeros pobladores, alrededor del cual se desarrollara la ciudad, hoy solo queda una pequeña isla. Otra huella que dejaron los indígenas es la forma de alargada y multicéntrica de la ciudad, cualquiera que vea y ande Juárez-El Paso notará algo distintivo, su íntima relación con el río y lo continuo de su asentamiento, entre otras cosas, muestran una ciudad diferente que solo es posible entender si recuperamos sus memorias. Así como el río marcó el ritmo de la vida antes de la llegada de los españoles, las acequias son una huella más, que logró domar parcialmente la intempestiva fuerza del río para dar vida a un “continuo de casas y huertas”, como era descrito

Paso del Norte, la ciudad virreinal. La acequia como sistema de canalización de agua no era desconocida para los indígenas, pero sin duda acrecentó su importancia exponencialmente con la introducción de la tecnología hispana. Hoy en día, la ciudad sigue el trazo de las antiguas acequias y son, por tanto, la huella material de la memoria que no debemos olvidar.

Los indígenas de Paso del Norte

Un paso necesario para identificarse con una ciudad es conocer su pasado. Se tiene registro de distintos grupos viviendo aquí desde hace al menos 22,000 años, con una expresión muy relevante entre los años 200 y 1450, la Jornada Mogollón. Al momento del contacto entre pueblos originarios y novohispanos a finales del siglo XVI, había al menos tres grupos principales viviendo en lo que se llamará Paso del Norte: mansos, sumas y los ndeé.

Los mansos, gorretas o tam-poanchas son grupos de posible filiación uto-azteca, más tendiente al sedentarismo, fueron los más numerosos y posiblemente la identidad étnica más fuerte. Los sumas, o xuamrias, eran de posible filiación atabascana, más tendiente al nomadismo, fueron el segundo grupo más numeroso, su territorio debió ser muy grande, aunque mantenía un punto central en Paso del Norte y sus cercanías, en particular en San Lorenzo del Real; su relación con los hispanos fue más extrema que con los mansos,



pues en momentos eran compañeros de armas y en otro momento, u otro grupo suma, eran enemigos abiertos, su forma de vida y costumbres se parecen mucho a las ndeé. Las numerosas y heterogéneas naciones ndeé fueron una presencia permanente en Paso del Norte, su forma de vida más bien nómada y costumbres alejadas de los convencionalismos occidentales generó una profunda incompreensión que, con el paso del tiempo, se convirtió en una auténtica guerra de exterminio por parte de la corona española. Esta última contaba con una concepción distinta de lo que era el “territorio” propio, por lo que es difícil asemejarlos en los análisis históricos; lo que no es posible cuestionar, es que Paso del Norte fue parte del hogar ndeé, entonces ellos fueron y siguen siendo parte de los que siempre han estado aquí.

Otros indígenas presentes son aquellos que llegaron para quedarse. Los Piros arribaron en su mayoría tras la revuelta de los Indios Pueblo en 1680, se consolidaron como una identidad relevante en la ciudad, ubicados principalmente al sur de Paso del Norte, en El Barreal, Senecú y Socorro. En esa misma oleada de migración llegarían los tiguas, grupo Pueblo que se asentó en Isleta; también habrían genizaros, apaches asimilados al mundo hispano, repartidos desde Paso del Norte hasta San Elizario. Algunas identidades que se difuminaron de manera temprana o cuya mención es menor son los jocomes, janos, tompiros y ju-

manos; de los llegados posteriormente y que también son menos mencionados son los tewas, tanos y gemes. En todos los casos, Paso del Norte fue, es y seguirá siendo su hogar; habría que sumar a la variedad de novohispanos llegados durante el periodo virreinal, como otras naciones indígenas, peninsulares, criollos, mestizos, mulatos y la gran diversidad de posibles castas.

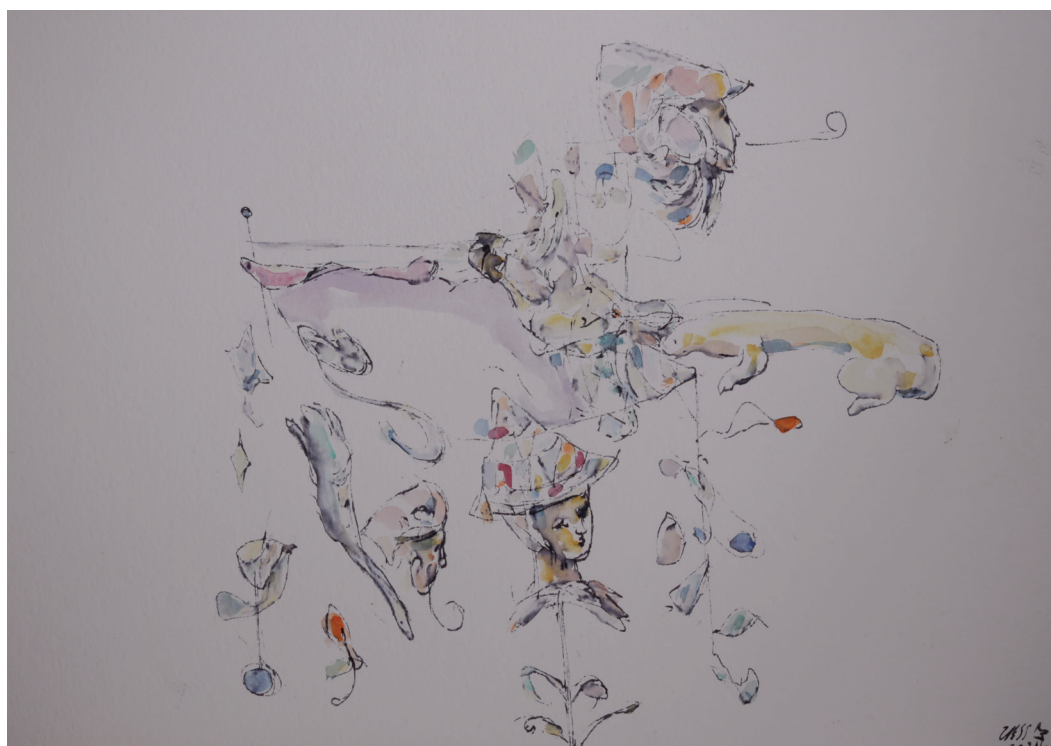
El camino a la memoria

La historia urbana de Juárez-El Paso va más allá del pasado inmediato. Reconocer la presencia de grupos subalternos, como los indígenas, es un derecho de la ciudad que nos da acceso a la memoria, permite elaborar una imagen de la ciudad en una escala distinta a la del relato occidental; alargada, continua, policéntrica, mimetizada con la naturaleza, con el río y las acequias como ejes; una ciudad con una impronta indígena materializada en su forma. La memoria de los antiguos pobladores de Paso del Norte permite recuperar nuevas identidades urbanas, reivindicando un espacio ya no solo de paso, sino un lugar para los que siempre han estado aquí: los llegan para quedarse, también para los que están de paso; todos tenemos derecho a una ciudad moderna, pero también a una ciudad que reivindique procesos con los que pueda sentirse identificado, memorias cercanas y distantes que recuerdan el gran esfuerzo por el derecho a vivir en un espacio que nos permita desarrollarnos.



En Juárez-El Paso, la memoria nos permite acceder al derecho de una vida integral, saber quiénes y cómo han abusado del poder, oprimido a otros, quiénes y cómo han luchado por tener una sociedad más justa en la ciudad, nos permite recordar que espacios como El Chamizal, los múltiples centros de la ciudad, las acequias o cualquier otro patrimonio de la ciudad, existen en buena medida por la resiliencia de los antiguos pobladores, en especial de los subalternos. La memoria es un derecho que posibilita un panorama amplio al momento de tomar decisiones en las intervenciones urbanas.

Juárez-El Paso tiene derecho a reivindicar la memoria de sus antiguos constructores, los indígenas mansos, sumas, ndeé, piros, entre otros, quienes dejaron huellas materiales de su impronta. El derecho a la memoria del “otro”, el indígena, es al mismo tiempo el derecho a nuestra propia identidad histórica que permite imaginar una ciudad distinta, una ciudad en donde se reconozca la existencia de los indígenas. Los ciudadanos tenemos derecho a la memoria urbana, pero no puede existir memoria sin investigación.



Enrique Samaniego, Acuarela, 2024.